

riría así, cuando los hombres fueran puros: puramente buenos y puramente malos. Pero hace muchos siglos que descubrimos nuestra impureza, o sea nuestra mezcla interior. Empédocles, en el siglo V antes de Cristo, nos dice que la realidad es una mezcla, no una substancia unitaria y homogénea. Las cuatro "raíces" de las cosas, como él las llama — afe, tierra, agua y fuego— serían inmóviles, empero, si no hubiera un principio motor que determinara su reunión y su separación. Este principio es dual: el Amor y la Discordia juntan y dividen las cosas. El amor las reúne, la Discordia las dispersa. Quiere decir que hay en el universo fuerzas de atracción y repulsión, como vino a descubrir de nuevo la física moderna. Y poco importa que emplee para designar ese principio dinámico palabras de sentido humano. Empédocles era un médico, y esto era entonces una manera de ser lo que hoy llamamos un humanista. Su concepción del mundo es antropomórfica, y por ello menos perspicaz. La nuestra de hoy es todo lo contrario, y sin embargo la estructura dinámica del átomo parece confirmar aquella vieja idea.

Lo verdaderamente singular es que no saquemos provecho de esa idea en el campo de lo humano, que es de donde procede. Pues Empédocles cuida muy bien de aclarar que la función del Amor y la Discordia es más compleja de lo que queda dicho. El Amor no sólo reúne, sino que también separa; la Discordia no sólo divide, sino que también congrega. Las cosas tienden de por sí a reunirse con sus semejantes, lo mismo que los hombres. Pero, al agruparse de este modo, es inevitable que queden separadas de las desemejantes. Esta agrupación es obra de la Discordia. ¿Y qué fuerza hay entonces en el mundo que pueda destruir esta unión, y reunir de nuevo a los dispares? ¿Qué más da que se unan los hombres semejantes: semejantes por su origen, por su modo de ser, por su modo de hacer, o por la coincidencia de sus fines y sus intereses? Lo importante es la unión de los desiguales. Una vez destruída la unidad primitiva —más

o menos mítica— una vez establecida la soberanía —más o menos tiránica— de las voluntades individuales, toda reagrupación es una distinción: los linderos del grupo son como una barrera de exclusividad, en la que se anuncia la presencia aduanera de la Discordia. Cada grupo tiene su distintivo: es una distinción y una separación. "Las cosas que difieren por su origen —dice Empédocles— son muy hostiles, enteramente reacias a unirse entre sí, y sufren pena por el vínculo de la Discordia, a la que deben su origen". Sólo el Amor produce la atracción de los disímiles. Hay que apelar a la suprema fuerza del universo para llevar a cabo semejante empresa. Pues, aunque Empédocles no lo diga expresamente, se sobreentiende que el Amor es para él más poderoso que la Discordia. Esta vence más a menudo, pero su victoria es más fácil. Los hombres, resunidos por la historia, tienden por naturaleza a juntarse con sus iguales, y a separarse de sus desiguales. Mientras que la obra del amor es ardua, porque tiene que vencer a un tiempo a las fuerzas combinadas de la naturaleza y de la historia.

"Lo que es justo puede muy bien decirse dos veces", afirma Empédocles. El pudo haber repetido muchas más lo que escribía, porque los hombres le hicieron poco caso después de haberlas oído sólo dos. Inclusive los historiadores de la filosofía parecen haberle prestado oídos sordos; suelen decirnos que el griego, que inventó el amor, no llegó a desarrollarlo: no supo amar sino al amigo, y consideró virtud odiar al enemigo. El amor del enemigo sería una creación cristiana. Lo cual es cierto, a condición de recordar a Empédocles y a su extraordinaria idea de que el Amor es una fuerza promotora de unión entre contrarios. Añádase, entonces, cristianamente, que éste es el vínculo que urge, ésta la unión que importa. La unión de los amigos no necesita promociones y, como decía el campesino, para cuestras arriba quiero mi burro, que las cuestras abajo yo me las subo.

Eduardo NICOL.

## Ecós del concurso continental de oratoria

(En el Rep. Amer.)

Hace pocos días, al salir del concurso continental de oratoria bajo el provisional diluvio que inundó a la ciudad, abandonamos el Palacio de las Bellas Artes con enorme desilusión: fué un certamen mediocre, por lo menos en su etapa final, el que acaba de realizarse.

El fiasco no lo atribuimos a deficiencias en la organización del concurso, o a indiferencia pública ante el interés que significaba escuchar, en esta hora grave, a jóvenes de diversos países de América diciendo su verdad; fué la escasa calidad de la mayoría de los participantes y su poco coraje para hablar de los problemas americanos, sin soslayarlos, llamando a las cosas por sus nombres, lo que defraudó a los que esperábamos tanto de ese concurso.

Descontando la jerarquía de los tres triunfadores (México, Cuba, Estados Unidos del Norte) en cuanto a elocuencia, los demás "representantes" parecían castigados por un pícaro hado que había paralizado sus lenguas, o que desprevenidamente —jugándoles una broma pesada— los había plantado de pronto en la tribuna. Así estaban de asustados e inciertos.

En cuanto al fondo de los discursos, baste decir que uno de los participantes terminó con el solemne juramento de que jamás volvería a hablar en público (el de Venezuela) y que el delegado colombiano, con deliciosa ingenuidad, dedicó su tiempo a despachar nombres de poetas de su tierra, en una como lección escolar de literatura, por la que un profesor exigente lo hubiera castigado... y Venezuela y Colombia, precisamente, son países que viven en la actualidad hondas transformaciones sociales y políticas. ¿No son, o no deben ser los concursos de oratoria, más que vacuos entrenamientos de elocuencias, una oportunidad para que los jóvenes analicen libremente los problemas de su tiempo, de sus patrias?, y no para salir con malos ditirambos sobre la poesía, o la consabida fraternidad continental, en líricos discursos cuya azucar todos tememos con diabética prevención.

Quienes hemos tenido la fortuna —y el interés— de tratar a jóvenes de otras partes, que no por estar en una tribuna, en un teatro lleno, incurren en la inmoralidad de afirmar, emocionados, que los jóvenes estamos salvando a América, provocando el natural aplauso del público, abandonando todos el

ANTONIO URBANO M.  
"EL GREMIO"

Teléfono 2157  
Apartado 470

Almacén de Abarrotes  
al Por Mayor

San José, Costa Rica

acto con la conciencia tranquila como si esa "salvación" existiera; quienes en diferentes latitudes hemos compartido diálogos y congresos, esperanzas y preocupaciones, con esos auténticos jóvenes de América, no podemos callar cuando en concursos como el que acaba de pasar, se les "representa" tan indignamente, haciéndose correr la voz de que en la justa compitió lo más selecto del continente, tal como el espeluznante título de Campeón Mundial de Oratoria, lo ganó hace veinte años, (un mexicano), que no obstante conocer secretos de la elocuencia, no supera, aquí mismo, a Salvador Azuela o a Alejandro Gómez Arias.

Concretando cargos: el concurso fué de oratoria, e interamericano, pero en la eliminatoria final sólo participaron tres oradores —los primeros lugares—. Los demás, aceptaron con audacia la representación de su país y seguramente que no fueron electos por consenso de los jóvenes, o por oposición.

Los discursos, fuera de uno que otro momento interesante, no significaron sino pirotecnias luminosas. Ningún mensaje largamente meditado, ni una sola palabra nueva, constructiva, ningún amago de tocar los problemas esenciales de América, diciendo "la verdad con toda el alma", como deben hablar los jóvenes.

Además, no vinieron representantes del Istmo Centroamericano, y Guatemala, que vive una atmósfera cívica efervescente, hubiera enviado a un representante de calidad, con carácter suficiente para no hacer coro en las frases doradas que abundaron en el teatro de Bellas Artes.

Todo esto ha de haberlo lamentado Rafael Corrales Ayala (estudiante mexicano, ganador del concurso) pues no tuvo oponentes de su categoría. Su triunfo, indiscutible, merecido, es resultado de larga preparación y estudio de los misterios de la elocuencia, bajo cercano consejo paternal. No es improvisado en la oratoria ¡y ya estamos cansados de los audaces de la palabra!

A pesar de lo dicho, elogiamos al organización de estos concursos, que siempre dejan experiencias aleccionadoras, y que por tanto no deben hacerse tan de tarde en tarde. En México, sobre todo, con tan desmesurada afición por la oratoria, los concursos orientan, enseñan algo, en el arte eterno de manejar sabiamente la palabra, que debe ir grávida de honradez y de verdad, conteniendo algún mensaje fecundo, producto de cultura y reflexiones, para que no caiga en el vacío y no ruede con el primer viento peregrino.

Fedro GUILLEN

México, D. F., julio de 1948.